

Paramount
Films

LA NOVELA
PARAMOUNT

El Río del olvido

Jack Holt Arlette Marchal



25
CTS

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Núm.
33

PARAMOUNT

25.
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

El Rio del Olvido

Novela de aventuras, interpretada por

Jack Holt

Raymond Hatton

Arlette Marchal

Es un film PARAMOUNT

distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.



IMPRENTA BADIA
Dr. Dou, 14 - Barcelona

El Rio del Olvido

Argumento de la película

Por entre inmensas rocas, cortadas por el Supremo Hacedor, deslizase silenciosamente el Río del Olvido. En las planicies de ambos lados apacienta el ganado de los moradores del valle.

Hace cuatro años, estas apartadas regiones estaban infestadas de peligrosos cuatreros, y fué necesario que hombres valerosos tuviesen que galopar mucho para hacerles desaparecer.

Cierto día Jack Stanley, uno de los misteriosos jinetes del valle, y Bill Hall, su consocio, daban un paseo a caballo por las cercanías del río. Era Jack el capitán de los ladrones de ganado y Bill, hombre envidioso y cruel, deseaba aquella jefatura.

El sheriff y sus hombres les buscaban por los alrededores, deseosos de terminar de una vez con aquellas gentes indeseables que tenían

su nido de águilas allá en lo alto de la cumbre.

Jack y Hall descansaron durante unos momentos gozando de la apacible sombra que daban unos árboles solitarios. Una idea perversa y tenaz anidó en el corazón de Hall. Viendo distraído a su amigo, cogió un revólver y disparando contra él se alejó rápidamente a caballo con la alegría de haber terminado con la vida de su rival.

Jack se sintió herido en un hombro y arrastrándose penosamente buscó un lugar donde poder cobijarse y limpiarse la ardorosa herida.

Acertó a pasar por allí un muchacho llamado Ben, que vivía en un paraje cercano. Al verle herido le atendió solícitamente y le dijo:

—Mi casa está cerca. No se desanime y venga conmigo...

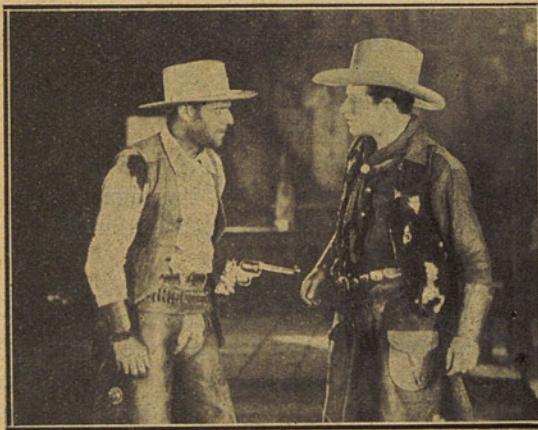
Ben no había visto nunca a Jack, así es que ignoraba que el hombre que se apoyaba ahora en él era el famoso ladrón.

Jack se dejó conducir a una modesta cabaña donde Ben había instalado su solitaria vivienda en el bosque.

Ben, que amaba la independencia, había levantado aquel refugio para vivir una existencia de desterrado.

Jack ocultó su verdadera profesión haciéndose pasar por un cazador de caballos a quien de modo casual se le había disparado su revólver.

Ben, muchacho de unos veinte años, sin experiencia alguna, creyó a pies juntillas la inventada historia.



Jack, temeroso, amenazó con un revólver...

Llamaron de pronto a la casa. Jack, temeroso, amenazó con un revólver a su protector, para que no fuera a abrir, pero Ben le tranquilizó. ¿Tenía miedo a los bandidos? ¡Bah!

Abrió la puerta y vió a un sujeto de aspecto de vagabundo.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Yo... soy un buen caballero andante... en busca de empleo de vaquero. Si quisieras dármelo... —respondió el viajero.

—No sé... no sé... En fin, me das lástima. Por esta noche quédate en mi casa y mañana ya veremos.

Ben se dirigió al exterior para buscar fuego con que calentar la chimenea, y Jack y el recién venido quedaron a solas mirándose con curiosidad.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Jack, ya tranquilizado, viendo que no era el sheriff, como temió al principio.

—Algunos me llaman Jersey Joe... y soy de Nueva Jersey... ¿Y tú?

—Algunos me llaman "Nevada"... llámame tú también ese nombre.

—Estás herido?

—Se me disparó el revólver... Pero dime, tu aspecto es de fugitivo... ¿De quién huyes?...

—Huyo de... la Justicia —exclamó Jersey.

—¡Malo... una señora que gasta pocas bromas!...

Y quedó silencioso, pensando que también a él le perseguía esa dama implacable.

Volvió Ben y después de encender fuego curaron la herida de Jack.

Entre los tres hombres establecióse inmediatamente una gran corriente de simpatía.

Ben les propuso quedarse con él en la cabaña y ellos aceptaron complacidos por la determinación.

Jack, enojado por la traición del ladrón Bill

Hall, comprendió que era preciso desaparecer por algunos días para darle luego un castigo ejemplar y pensó quedarse con aquel nuevo y generoso protector.

Más tarde entró en la casita una mujer. Era Ina Blaine, una amiga de Ben desde niños, hija de uno de los moradores de la comarca. Era una muchacha guapísima, de ojos negros y reidores. Sorprendióse al ver que Ben, ordinariamente solo, se encontraba ahora con dos sujetos.

—¿Quién es ese amigo? —dijo señalando al vagabundo.

—Yo soy Jersey Joe... señorita —respondió el aludido.

—¿Y usted?

Y miró a Jack con ojos de sorpresa admirando sus viriles facciones y la energía de su expresión.

—Llámeme “Nevada”, señorita. Soy un cazador de caballos salvajes y por ahora me quedaré aquí con Ben.

Sonrió a la muchacha, satisfecho de encontrar en aquel escondite, la dulce compañía de una mujer hermosa.

Dióse cuenta Ina de que Jack estaba herido en un hombro y se interesó por él.

—Fuí yo mismo, señorita —dijo Jack. —Estaba limpiando el revólver y se me disparó hiriéndome... Pero no es cosa de importancia.

—¡Dios mío... pero si parece grave!... ¡Voy a casa corriendo y traeré un médico!



—¿Quién es ese amigo?

—Oh, de ninguna manera! —dijo Jack, a quien convenía guardar el incógnito más riguroso. —No es nada de cuidado, señorita, y creo que estaré muy pronto restablecido.

Ella quiso curarle la herida y volvió a hacerlo con las manos delicadas de una verdadera enfermera. Después se despidió de Jack diciéndole:

—Volveré por aquí pronto para ver cómo sigue usted.

—¡Oh, señorita! Mi agradecimiento es inmenso, pero no debe molestarse.

Al marchar le tendió cordialmente la mano que Jack sintió temblar entre las suyas con cierta emoción.

Y cuando la muchacha desapareció sintió Jack que algo nuevo le latía en el corazón, un sentimiento extraño que no había experimentado nunca en su azarosa existencia de capitán de ladrones.

Porque el amor es una planta que crece por igual en todas las tierras...

* * *

Bill Hall llegó unas horas después al refugio de los cuatreros, allá en lo más escabroso del monte.

Al verle solo, los demás bandidos preguntaron con vivo interés:

—¿Y el capitán Jack?

Jack era su ídolo, el hombre al que respetaban no por temor, sino por adhesión cordial.

—Ha muerto...—dijo Hall, explicando una historia a su manera—en un encuentro con

la guerrilla del Sheriff. A mí estuvieron a dos pasos de alcanzarme.

Todos mascullaron palabras de rabia e impotencia por lo acaecido. ¡Y ya no volverían a ver más a aquel caudillo! Algunos amenazaron con el puño allá abajo deseosos de vengarse de los agresores.

—Muerto Jack, supongo que... ahora soy yo vuestro capitán—exclamó Hall.

Y como nadie se opusiera a su deseo, fué proclamado jefe en el campamento el infiel Bill Hall.

Y pasaron unos días...

Y aunque ya completamente repuesto de su herida, "Nevada" parecía no tener mucha prisa en irse de la casa de Ben.

Su amistad con Ben y Jersey se había hecho muy estrecha. ¡Y el honrado Ben, así como Ina, la delicada muchacha, ignoraban que aquel hombre era un bandido, el jefe de aquellos ladrones que asolaban la comarca con sus robos de ganado!

Jack había adivinado que Ben amaba a Ina. Esta no parecía, sin embargo, demostrar por su amigo de infancia más que un cariño fraternal y en cambio atendía a Jack con una solicitud casi sospechosa.

Un día Jack y Ben hablaron íntimamente.

—Esta vida que llevas aquí es demasiado solitaria—le decía Jack.—¿Por qué no te casas y formas un hogar?

—Eso es lo que yo quisiera—contestó el muchacho—, pero la muchacha no quiere oír hablar de matrimonio hasta más adelante...

—Si es la que yo presumo, Ben, bien se merece que uno trabaje y se sacrifique por ella. Yo quisiera...

Entró en aquel momento Ina que llevaba un cesto de comida y que había escuchado la conversación.

Como viese que Jack acariciaba distraídamente un revólver que guardó en el cinto, le dijo, temerosa:

—¡Cómo, “Nevada”! ¿Contra quién esas armas?

Jack se echó a reir y contestó:

—Tengo algunos enemigos, señorita, y no puedo vivir desprevenido...

—¡Malo... malo!... En fin, amigos míos—dijo variando de conversación y riendo alegramente—, les traigo algo para comer.

Preparó los apetitosos manjares y todos pudieron saborear aquellos platos debidos a la previsión de la encantadora muchacha.

Mientras comían, ella explicó:

—Anoche volvieron los cuatreros y se llevaron más ganado... ¡Debería ahorrarse a todos ellos sin compasión!

Jack se estremeció, pero procurando ocultar su turbación, dijo:

—¿Sabe usted quién era el capitán de la cuadrilla, señorita?

—No sé... pero se dice que un tal Jack, hombre que respira odio contra los habitantes del valle porque le despojaron de las tierras que trabajaba.

Así era la verdad. Jack había sido propietario en otro tiempo, pero las conveniencias y los abusos de los demás le robaron sus propiedades, y él, en venganza, se dedicó al bandidaje.

Hablaron luego de otras cosas, convenciéndose Ina que Jack era un hombre de los más agradables que había conocido.

Luego, terminada la comida, mientras Ben y Jersey salían a respirar el aire libre, los dos muchachos quedaron un instante a solas.

Ella riendo le dijo:

—He oído antes el consejo que daba a Ben. Ahora comprendo todavía mejor a usted y veo que me puedo fiar.

Jack se echó a reir y ella agregó:

—Y dígame, ¿sabe usted a qué muchacha se refería Ben?

—Yo no lo sé... pero sí estoy seguro de saber a la que me refería yo...

Rieron ambos y él se atrevió a acariciar levemente el cabello, acción que la joven no rechazó, levemente sofocada.

En aquel instante entró Ben y frunció levemente el ceño al sorprender a los dos amigos.



...¿sabe usted a qué muchacha se refería Ben?

Pero nada dijo y acompañó a Ina a su casa... Durante el camino se mantuvo silencioso y torpe... Parecía que tristes pensamientos atormentaban su alma...

* * *

Noche tras noche los cuatreros continuaban sus correrías, desafiando la ley y a los moradores del valle.

Al día siguiente, en casa del padre de Ina se reunieron varios propietarios para acordar severas medidas contra aquellos bandidos que aumentaban diariamente su audacia.



...tristes pensamientos atormentaban su alma...

Aunque llegado recientemente al valle, el parecer del señor Blaine se tenía en mucho entre los moradores de la comarca.

El se dispuso a dirigir la lucha contra los cuatreros, ayudado por todos los propietarios y por el sheriff.

—Podemos dividir en guerrillas nuestro pequeño ejército y recorrer el país en todas direcciones.

—Magnífica idea—respondió el sheriff—, pero antes miraremos un mapa para cercionarnos de las posiciones que debemos tomar y los caminos que debemos seguir.

Aquella misma noche los ladrones de ganado, capitaneados por Bill Hall, hicieron una nueva "razzia" apoderándose de un número considerable de ganado.

Hirieron además a un vaquero que había intentado oponerse al robo.

Blaine y sus hombres mostraban una indignación feroz. Era preciso ir a batirles en su propia madriguera.

Habiendo sabido que era Bill Hall el que dirigió los últimos ataques, consignaron un premio de 500 dólares para el que lo entregase vivo o muerto.

Excitando la codicia popular, era más fácil dar con los ladrones.

—¡No tenemos tiempo que perder! ¡Hemos de salir a perseguirles!

Ina al lado de su padre señor Blaine mostraba también grandes deseos de que se combatiese a los bandidos.

Cuando Ben, que había ido al valle, se enteró de lo que se proyectaba, aceptó igualmente formar parte de la expedición para librarse al país de aquella permanente intranquilidad.

¡Si hubiera sabido que en su propia cabaña albergaba al capitán Jack Stanley!

Decididos a concluir con los desmanes de los cuatreros, todos los moradores del valle acudieron al llamamiento.

El señor Blaine, acompañado del sheriff y de algunos amigos sentóse a una mesa para examinar en un plano el camino a seguir. Contemplaron además los retratos de los dos principales jefes, Jack y Bill Hall, a los que era preciso cazar...

Ina que había hasta entonces hablado con Ben en un patio cerca de allí, fué a reunirse con su padre.

Por casualidad sus ojos se posaron en los retratos de los bandidos y una sorpresa enorme la paralizó, quedando con la mirada fija en la fotografía de Jack.

¡Gran Dios! ¡Era posible? Aquel hombre simpático y amable, aquel joven al que veía con mucha frecuencia, ¡era el famoso capitán de los cuatreros? Sintió que algo se desgarraba en su alma y siendo para ella más fuerte el amor que el mismo deber, alejóse de allí, montó a caballo y se encaminó a galope hacia la casita solitaria.

Ben no se había enterado del descubrimiento. Nunca sospechó la verdad y siempre había dicho a sus amigos que albergaba en su casa a un cazador.

Pero cuando hubo desaparecido Ina, llegó uno de los moradores del valle, quien dando muestras de viva agitación comunicó a todos

los hombres que había visto entrar y salir varias veces de la casa de Ben al propio capitán Jack Stanley.

Cuando Ben se enteró de aquella noticia se echó a reír no queriendo dar crédito a ella.

—Usted no sabe lo que se dice. El hombre que está en mi casa es un cazador de caballos salvajes. ¿Iba yo a albergar una víbora en mi propio pecho?

—De todos modos será bueno que le veamos la cara—dijo el sheriff.

—No tengo inconveniente... Vayamos allá y os convenceréis de vuestro error.

Y emprendieron todos la expedición, seguro Ben de que los demás se equivocaban.

Aquel día, Jack y su compañero el vagabundo Jersey habían estado paseando a caballo por las orillas del río del Olvido.

Mirándose en sus límpidas aguas, el capitán de los bandidos exclamó melancólicamente:

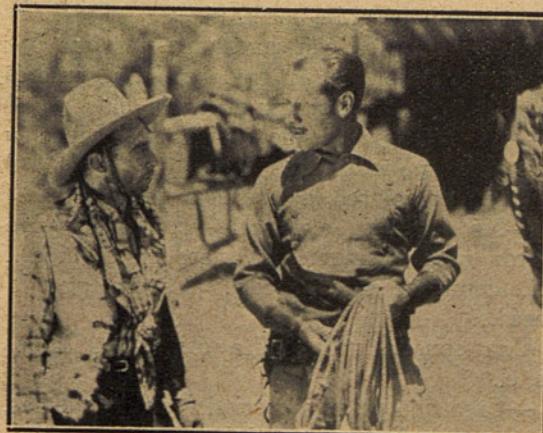
—¡Río del Olvido!... ¡Eso soy yo, Joe!... Vengo de lo desconocido... voy hacia lo desconocido... y siempre siguiendo un curso tortuoso.

—Yo... también—respondió su compañero.

Y emprendieron de nuevo la marcha hacia la casita... Jack se sentía infinitamente triste. Por una parte existía en su alma el deseo de volver a la cueva de bandidos para castigar a Bill Hall, mas por otra todo le retenía en la cabaña donde casi diariamente iba a verle

la hermosa Ina... ¿Quién iba a vencer, el amor o el deseo de venganza?

Llegaron ante la cabaña. Joe Jersey quedó afuera deseoso de pasear todavía un rato y Jack penetró en su interior.



—Vengo de lo desconocido... voy hacia lo desconocido...

Pocos minutos después una mujer llegaba a la cabaña mirando con ojos aterrados al joven. Era Ina.

Contemplándole, acobardada, dijo al joven:

—¡“Nevada,” sé quien es usted! ¡Lo sé todo! ¡Váyase en seguida!

Jack, sorprendido, intentó negar, pero pronto se convenció de que Ina había descubierto su secreto.

—No hay tiempo que perder—le dijo ella con una agitación de mujer enamorada.—Los vecinos del valle han formado la guerrilla y muy pronto pasarán por aquí.

Jack la miraba con emoción. Más que por haberle descubierto, le emocionaba el interés palpitante de aquella mujer hacia él.

—¿Y usted sabiendo quien soy viene a avisarme? ¿Por qué?

El rubor coloreó las mejillas de ella.

—No sabría explicarlo—respondió.—No pierda usted tiempo... ¡Váyase en seguida... y... comience nueva vida! ¡Espero que lo hará!...

Una sonrisa melancólica crispó los labios de él.

—Creo que ya es demasiado tarde. Además, no me dejarían ir por el buen camino.

—¡No, no es tarde!... Algo hay en usted de bueno que aun puede redimirlo.

—¡Ya no puede ser, señorita!...

—Hágalo... por mí!

Y había tanta dulzura y sinceridad en sus palabras que Jack vaciló.

—¡Muy bien, por usted lo haré!

Y estrechando cariñosamente la mano de aquella mujer salió de la cabaña y montando a caballo partió rápidamente.

No muy lejos encontró a su amigo Jersey Joe.

—¿Te vas?—le preguntó Jersey.

—Sí, amigo mío. Voy a ver si puedo ganar el atajo de Antelope. Tengo miedo de que me busquen mis enemigos.

—Tal vez yo me reúna contigo algún día... si puedo escapar a las garras de la Justicia.

Se despidieron; Jack partió hacia lo alto de las cumbres, Joe se alejó también en busca de un poco de paz para su alma.

Unos minutos después, cuando Ina se disponía a dejar la cabaña para regresar a su hogar, vió que un nutrido grupo de bandidos llegaba hasta allí y rodeaba la casa.

El corazón le latió violentamente. ¡Los cuatrillos! ¿Qué querrían hacer contra ella?

Montó inmediatamente su caballo y quiso escapar, pero los bandidos estrecharon el cerco e Ina viéndose perdida optó por volver a la cabaña para defenderse desde su interior.

Su resistencia fué inútil. Entraron aquellos hombres casi salvajes que no obedecían a ningún freno ni ley y sonrieron al ver a la encantadora muchacha.

Ella quiso huir defendiéndose a latigazos contra uno de los hombres que intentaba perseguirla, y derribando en su defensa, muebles y objetos.

Pero el bandido era más fuerte que ella y

arrebatándole el rebenque alcanzó a la muchacha paralizando toda su resistencia.

—Yo soy Bill Hall, ¿comprendes?—le dijo brutalmente.—¿Has oído hablar de mí?... Te tendré en mi poder hasta que tu padre prometa dejarnos en paz.

Y obligándola a subir a caballo se alejaron todos de allí llevándose como prenda a aquella hermosa mujer que conservaba en los ojos su protesta contra lo que estaban haciendo.

Jersey Joe desde un montículo había presenciado el secuestro de la joven. Y tomó la determinación de advertir a Jack de lo ocurrido.

No tardaron en llegar a la cabaña al frente de sus hombres, el sheriff, Ben y el señor Blaine. Iban todos con el temor de encontrar a Jack en la cabaña; únicamente Ben estaba convencido de la inocencia del joven.

—Vamos a entrar. Pero sigo creyendo que están ustedes equivocados. De todos modos estoy seguro que "Nevada" no disparará contra nosotros.

Se sorprendieron al ver en la casita señales indudables de lucha. Mesas y sillas estaban derribadas encontrando además el látigo perteneciente a Ina.

Una atroz sospecha se clavó en el corazón de todos. El propio Ben sintió que las oleadas de la traición le rodeaban. Entonces, ¿era verdad?...

—¡Qué infamia!—murmuró.—¡Ya no dudo! Debe ser Jack, indudablemente. ¡Y ese malvado ha obligado a Ina a que se fuese con él! Ese es el hombre a quien se busca y yo ayudaré a detenerlo.

Y salieron todos a galope en persecución del bandido que había raptado a Ina.

* * *

Unas horas después en el atajo de Antelope, Jersey Joe encontraba a Jack que se encaminaba hacia la cueva de los bandidos.

—Bill Hall y su cuadrilla se llevaron a la señorita Ina—le dijo.

—¡Ah, los miserables! ¡Gracias, amigo!... ¡Voy a quitársela aunque sea de sus propias garras!

Y despidiéndose de su compañero, emprendió rápida ascensión por el monte.

Mientras tanto, Bill Hall y sus hombres habían llegado a su refugio de la montaña.

Encerraron a Ina en una casita, dispuestos a tenerla allí hasta que dieran por su rescate un buen saco de dólares.

—¿A qué viene aquí esta violeta del valle?

—preguntó Francis, otro de los bandidos de la cuadrilla.

—Es la hija de Hart Blaine—respondió Hall—y se quedará aquí hasta que su padre dé por ella todo el oro de sus arcas.

—¡Estupendo!

Pero como a Francis le gustaban las mujeres bonitas, intentó acercarse a Ina para abrazarla, y Hall, furioso, se lo impidió.

—Deja a la muchacha, te lo mando.

Por un momento parecieron prontos a agredirse los dos hombres, pero comprendiendo que no era momento preciso para disputarse una mujer, optaron por acallar sus celos respectivos.

No muy lejos de allí, los demás bandidos comentaban la hazaña de Hall. De pronto vieron venir un jinete a caballo y le amenazaron con sus fusiles, pero al reconocer a Jack, lanzaron gritos de entusiasmo.

—¿Qué ha sido de su vida, capitán?—preguntó uno de los hombres que hacia de centinela.

—¡Poca cosa!—respondió Jack.—Me alcanzó una bala y estuve en reparaciones.

—Pues por aquí nos alegramos de verle.

—¿Dónde está Hall?

—En la barraca con Francis y una muchacha.

—Voy para allá...

En sus ojos se reflejaba el odio... ¡Qué

deseo tenía de rescatar a Ina y castigar de un modo ejemplar a aquel bandido!

Hall y Francis disputaban en la barraca. En la estancia cercana estaba presa Ina que escuchaba con terror los gritos de los hombres que parecían pelearse por la posesión de ella.

—Es necesario que escapemos—decía Hall.—Yo me llevaré a esa mujer. Es peligroso permanecer aquí.

—Lo que tú quieras—gritaba Francis—es escapar solo con ella.

—¡Mentira! ¿Y no creerás si te digo que una guerrilla viene hacia aquí? Yo la he visto...

—No, tampoco—rugió Francis, celoso.—Tú tratas de meterme miedo para que me vaya y te deje la muchacha.

—¡Ah, ladrón! Tal vez sea verdad, ya que te empeñas.

Y empuñando un revólver disparó a quemarropa contra Francis que desplomándose con una mueca de espanto, cayó muerto.

—¡Ajajá!—dijo Hall con una sonrisa brutal.—Al infierno, camarada! Y ahora... vamos cuanto antes por la muchacha...

Avanzó hacia Ina y quiso cogerla entre sus robustos brazos. Ella lanzó un grito de horror.

En aquel instante, revólver en mano, apareció Jack Stanley.

—Creías haberme matado y ser el amo ¿verdad? —dijo Jack con una terrible sonrisa.

—¿Tú aquí? ¡Perro del infierno!

—¿Quién es el capitán aquí, miserable? La muchacha me pertenece, ¡vete pronto!

Sus palabras destilaban odio. Ina tembló, creyendo que Jack había vuelto a su anterior vida de ladrón.

Hall, mascullando palabras de odio, abandonó la barraca, temeroso de que Jack disparara contra él.

Quedaron solos Ina y el capitán de bandidos. La muchacha, estremecida, le dijo:

—Me prometió usted comenzar una vida nueva... y lo primero que ha hecho es reunirse otra vez con su banda de foragidos.

—¡Oh, no tema, Ina! Si hablé de esa manera ante Hall, fué porque estamos rodeados de los bandidos y es preciso que ninguno sospeche que yo quiero proteger a usted... ¿Qué otra cosa iba usted a pensar de mí, Ina? Yo le aseguro que, si es posible, mi vida va a ser otra...

Bill Hall había ido furioso al encuentro de sus hombres, y les dijo con la autoridad que tenía sobre ellos:

—¡Escuchad, amigos! Yo traje a la muchacha para tenerla en rehenes a fin de que nos dieran por ella una buena cantidad y asegurar además la cabeza de todos nosotros...

Le escuchaban en silencio, pero mostrando

en los rostros su conformidad. ¡Bien hablado, Hall! Así se portaban los hombres!

—Pues ahora—siguió diciendo Hall—el capitán Jack se ha quedado con esa muchacha para salvar únicamente su vida... y a los demás que nos parta un rayo. ¡Nos ha traicionado... nos está vendiendo!



—...mi vida va a ser otra.

Estas palabras provocaron un estallido de indignación.

—¡Vamos todos contra él! —siguió rugiendo Hall.—¡A todos nos está traicionando!

—¡Sí, sí, contra él! ¡El perro traidor!
¡A muerte!

Y amenazadores se dirigieron hacia la barraca.

Jack se disponía a salir para hablar con los bandidos.

—Voy a ir allá—decía a Ina—y trataré de salvarla de esa gente. Conseguiré que la dejen en libertad.

—¡No, no vaya!—gimió la mujer, verdaderamente enamorada de él.—¡Le matarán!

Iba a salir cuando los bandidos capitaneados por Hall rodearon la casa comenzando a disparar violentamente.

El combate fué duro, terrible, pero Jack, viendo que los disparos habían provocado el incendio de la caseta, huyó de ella, acompañado de Ina, abriéndose paso entre los enemigos que le atacaban.

Atrincheráronse tras unas rocas y siguió defendiéndose bravamente. Quiso Bill Hall lanzarse contra él para arrebatarle la mujer, pero Jack, con magnífica puntería le voló la cabeza de un disparo.

En aquellos momentos llegó la guerrilla del sheriff disparando contra los bandidos y obligándoles a rendirse.

Viendo Ben a Jack acompañado de Ina, ya no le cupo duda de que el capitán de bandidos la había raptado, y apuntándole, le hirió en un hombro.

Jack sintió un vivísimo dolor y cayó a tierra sin dar señales de vida.

Al ver caer a Jack, un inmenso dolor se apoderó de la muchacha que creyó muerto al hombre que se había adueñado de su corazón.

Rendidos ya todos los bandidos, Ben se acercó a Ina y le dijo con una alegre sonrisa:

—¡Yo fuí quien lo mató, Ina!

—¡Ay, Ben!—murmuró desconsolada la joven.—Ben, quisiera que me hubieras matado a mí en su lugar.

—¿Amas a ese... ladrón?

—“Nevada” era amigo tuyó y mío... y vine aquí para salvar mi vida.

Por fortuna la herida de Jack no era grave y pronto volvió en sí. Al ver junto a él a Ben, le dijo sin ningún rencor:

—Preferiría que me hubieses herido en el otro hombro. Ben... me disgusta que me hieran dos veces en el mismo sitio.

Llegó el sheriff y después de ordenar que todos los detenidos fueran conducidos al valle, marchó con sus hombres para determinar lo que debía hacerse con los foragidos.

* * *

En aquellos tiempos y lugares no siempre se juzgaba de acuerdo con los artículos de la ley, pero los fallos eran inexorables.

Al día siguiente constituyóse el tribunal para juzgar a los bandidos. Ina, verdaderamente enamorada de Jack, quiso interceder en su favor... Y consiguió tocar el corazón de los moradores.

Además, los bandidos declararon que Jack; si bien parecía dirigirles, jamás había tomado parte en ningún robo de ganado y en cuanto a los últimos sucesos en que hubo hasta derramamiento de sangre, habían sido mandados exclusivamente por Bill Hall.

Y los miembros del Tribunal se inclinaron a favor de Jack. Este era un propietario desposeído injustamente de sus tierras... Habían comenzado todos obrando mal con él... Y luego, acababa Jack de prestar un servicio inestimable a la región. Había matado a Bill Hall, el más feroz de los bandidos.

Y si bien la ley le declaró convicto y confeso de haber dado muerte a Bill Hall, el fallo popular le indultó y pudo finalmente verse libre.

Ina, enamorada de él, venció la resistencia de su padre y consiguió casarse con Jack Stanley que juró llevar para siempre una vida honrada, olvidando su triste actuación anterior.

Ben no quiso ser obstáculo a aquella felicidad que había redimido a un hombre y no puso estorbo a que Ina se uniera en matrimonio con Jack Stanley a quien en lo sucesivo iba a querer como a un compañero más.

Una mañana contrajeron matrimonio. La aurora de la paz reinaría para siempre en la comarca bañada por el río del olvido...

También todos olvidarían los calamitosos tiempos...

Entre los invitados a la ceremonia se encontraba Jersey Joe, el amigo de Jack.

De pronto, el antiguo camarada dió muestras de vivísimo espanto y abriéndose paso entre las gentes que felicitaban a los novios, comenzó a correr con desesperación.

Jack le gritó sorprendido:

—Eh... Joe... Joe!... ¿adónde vas? ¿De quién huyes?

Una mujer voluminosa y terrible perseguía a Joe. Y este respondió lanzando un cómico suspiro:

—Huyo de mi mujer, que no cesa de perseguirme...

Y deseó que sus piernas tuvieran alas para volar.

FIN

Acaba de aparecer en la Biblioteca
«Nuestro Corazón», la sugestiva novela

A LA DERIVA...

original de ANGEL BIRTH

Próximo número:

La deliciosa novela

La dicha de los demás

DOR

LOIS WILSON

**GRAN ÉXITO EN LAS SELECTAS
EDICIONES ESPECIALES**

La Novela Semanal Cinematográfica

AGUILAS TRIUNFANTES

por el simpático **Rod La Rocque**

CHANG

es la mejor novela de aventuras

EXCLUSIVA
DE VENTA

Sociedad General
Española de Librería

Barbará, 16-BARCELONA

Ferraz, 26-MADRID

Ferrocarril, 20-IRÚN

500.-

[B.]